

Estaba de nuevo en mi cuarto del albergue de San Julián el Pobre. Las campanas de la Iglesia enlazaron mis pasos mientras subía las escaleras viejas y oscuras del albergue. Ahí las ventanas, ahí el armario de libros, y me eché en la cama a meditar. La estatua del siglo XIII del San Juan Bautista policromado del Museo Cluny me miraba con ojos lúcidos. Sonaron de nuevo las campanas. Pensé en el soplo teológico que animaba a la estatua del Bautista. El mismo soplo teológico que animó en su oración al pobre desconocido y a Dante, que paseaba de un lado a otro en figura, en aquellos días por esta misma calle infectada de hollín, moho, agua, chinos, japoneses, hindúes, ejemplares de todas las razas y todos los pueblos.

Entre campanada y campanada también salió el canto de un coro de niños que duró pocos instantes. Pensé en Dios. Causa primera, causa final. La oscuridad entraba en mi carne, rodeaba mis huesos. Ah, ah, ah. Mi cuerpo y la tierra; mi cuerpo y la vida y la muerte. Pensé en los niños de la Edad Media. ¿Cómo reían, cómo cantaban? Hace pocos días he visto desfilar por el Boulevard a niños huérfanos de la guerra vestidos con delantales negros. Sus padres murieron por la República, y pensar que los hijos que dejaron no saben hacerse el signo de Dios. Ah, estos niños tan frágiles, que no gritan ni ríen, que impresionan como ángeles verdaderos, y que de pronto uno espera ver grabados en el cielo densamente gris y oírles cantar alabanzas al creador de todos los bienes.

Ciudades, más ciudades. Mañana me iré a Bruselas con González Chaves. Ciudades, más ciudades. Y ciudades muertas según la imagen de las personas dinámicas. Pero de cualquier manera tengo que huir, huir de Teresa, de mi amor por Teresa.

Ha entrado a mi habitación la alemana Renata Koch:

—Tengo mucha alegría. He encontrado a un norteamericano que me ha dado dinero para curarme y aprender inglés. En cuanto sepa inglés me iré a vivir con él... —dice la alemana.

Siento el mismo asco y malestar que aquella tarde que comí ostras en la casa del arquitecto rubio Benderzky; la misma repugnancia de la pornografía de ese imbécil sentimental.

El arquitecto abrió las ventanas y dijo:

—A eso llaman los franceses arquitectura. Tendríamos que llevarlos a la Avenida de Mayo para que aprendieran lo que es arquitectura.

La alemana continúa narrándome sus aventuras, y luego me pregunta:

—¿Vélez anda ahora con una pintora que se emborracha?

Miro a la calle. Llueve. Pasa una mujer de cabellos rojizos. El gris oscuro de las piedras, las canciones de los parroquianos del cafetín «El abate de la espada» mueven mi nostalgia y mi muerte.

Mañana iré a Bruselas. Es preciso dormir. La alemana se ha marchado. Antes de acostarme miro la Torre Eiffel dibujada millones y millones de veces por los turistas ingleses.

Es horrible; y aquella mujer de «Los Noctámbulos» que era estudiante de latín y vendía su carne, y que me dijo:

—Tienes ojos de soñador.

—Y los tuyos, ¿cómo son? —le pregunté.

—Los míos ya conocen todo el bien y todo el mal.

La estudiante podía decir en latín: vendo sexum.

Sobre mi mesa hay un plato de porcelana con dibujos antiguos que tanto divierten al tarado que vive al lado de mi cuarto, y que siempre le pregunta a mi amiga Rambouillet:

—¿Ya se ha divorciado usted?

El amor. Ah, ah, ah. Pero no, no es el amor; pienso en la barba siniestra del pintor uruguayo Planes, los pájaros graciosos del dibujante suizo, las torres, las ventanas, las cúpulas, las calles; todo muere en mi cuerpo y mi alma. La ciudad o lo esencial de la ciudad queda deshabitado.

He visto el vuelo de los pájaros. Cae la noche, y en la noche el ramo de flores de aquel millonario colombiano ofrecido a la mujer que dibujaba con el lápiz rojo y negro el retrato de sus amantes.

A estas horas es difícil hablarle a Teresa al «Grand Hotel». Ha salido con su familia o duerme.

—¡Eh, mozo, una botella de vino blanco!

Ciudades y más ciudades. Teresa...